

piración poética. Para el filósofo belga el poeta no expresa sus propios estados de conciencia, sino aquellos que le dicta, a pesar de sí mismo, un genio, un demon, una musa como la llama el lenguaje popular. Y afirma como argumento, por lo menos desconcertante, esa especie de mandato, de fuerza superior que lo obliga a escribir, y que el poeta obedece como a la voz de un imperioso deber: tal como el médium a las sugerencias de su hipnotizador.

Y cómo se siente uno tentado de dar su aquiescencia a la seductora teoría, ante casos como los de estas dos mujeres sin antecedentes familiares de ninguna tradición poética: sin cultura literaria ni científica; sin lectura casi, alejadas de la Capital en la época en que se gesta y madura el espíritu, falto de toda atmósfera de ideas y sugerencias, que en las grandes capitales, suple para tantos individuos la sistematización de la cultura!...

¿Cómo, en Delmira, pudo surgir tan honda concepción filosófica, tal profundidad de pensamiento, que hizo afirmar a Vaz Ferreira, que es ya asombroso que a esa edad fuera posible, no ya escribir tales versos, pero ni siquiera comprenderlos?...

¿Y cómo, en la lejana ciudad de Melo, oyendo hablar el pésimo lenguaje de nuestra campaña y hasta el de nuestra orgullosa Capital, puede Juana de Ibarbourou escribir sus versos impecables, de un casticismo, de una pureza verbal y de una riqueza de léxico admirables?... ¿Qué demon le dicta al oído esas expresiones de una sencillez y de una claridad de agua de fuente; ese gusto seguro, preciso, que limpia su estrofa de todo lugar común, de toda vulgaridad, y la viste con imágenes de una elegancia tan fresca y tan graciosa?...

Es preciso aceptar la explicación de Maeterlinck; o bien considerar al poeta como una fuerza más que brota de la Naturaleza con la misma misteriosa vitalidad de las otras fuerzas. Lo mismo es confesar nuestra ignorancia y nuestra incapacidad frente al Misterio. Saludemos en Juana de Ibarbourou, «a la diosa del trigo y de la avena», como ella misma se define, y bendigámosla por haber perfumado las letras uruguayas con todo su «olor a sol y a heno, a salvia, a yerbabuena y a flores de centeno», pero sin pedirle el secreto último de su gracia, de su encanto, de su juvenil belleza, como no se lo pedimos a las rosas, a la primavera, al arroyo que canta, ni a la nube que pasa...

LUISA LUISI.

(La Nación, Buenos Aires).

## Este novelista chileno...

ESTE novelista chileno tiene la fecundidad estupenda de los grandes de España. Los yanquis, estos modernos profesores de energía, creen que los hombres de España y de América nos pasamos la vida cara al cielo entonando canciones de amor al melancólico son de la guitarra. Error del siglo: la energía está hoy en España y en nuestra América y los flojos son ellos, los petroleros y los fabricantes que por miedo de pensar se ponen a trabajar locamente con las manos... y con los pies. Porque nosotros hemos dado el milagro de un Lope de Vega, aquél que hace varios siglos escribió tantas comedias, tantas que según él

en horas veinticuatro  
pasaban de las musas al teatro.

Y sin entrar en comentarios de cosas de antaño, les mostramos ahora la obra insuperable y larga de un Pérez Galdós, de un Unamuno, de Blasco Ibañez y de un Eduardo Barrios. Porque este escritor tan joven ha escrito ya varios miles de páginas llenas de aciertos estéticos y de verdad.

Se inició con una novela realista que tuvo poco éxito entre la burguesía de su país: *Del natural*. Inquieto de juventud y de entusiasmo quiso ensayar todos los géneros y lanzó su obra de propaganda: *Mercaderes en el Templo, Por el decoro, Lo que niega la vida*, le dieron un alto lugar en el teatro de Chile. A pesar de todo sigue siendo un desconocido para la mayoría de la gente culta de América. Sólo cuando aparece su libro *El niño que enloqueció de amor* se decide a aplaudirlo la crítica oficial. Esta obrita es el mejor análisis de psicología infantil que se ha escrito en nuestro continente. Los que tienen el prurito de la «literatura comparada» nombraron a Daudet; los moralistas vieron ciertos detalles sumamente realistas; las mujeres cultas y los poetas comprendieron el fondo humano de la obra y dijeron que era un acierto digno de los grandes maestros de la novela. Y Eduardo Barrios silencioso y humilde como siempre siguió en su obra de arte. Y he aquí que repentinamente nos lanza un drama ibseniano y fuerte que todavía no pueden apreciar en su valiente democracia. *Vivir* es para mí su obra maestra por su pasión y por su gesto otra vez intensamente humano. Y *Vivir* no se representa y se olvida, porque no puede ser un gran éxito en las tablas, porque en Chile no hay actores y porque la sociedad austera y mediocre halla el pro-

blema allí planteado y resuelto demasiado crudo.

Después de la publicación de este drama, Barrios concentra su atención y su trabajo en un libro que él desea obra maestra. Y trabaja desesperadamente en *Un perdido* y nos entrega un libro de cerca de 500 páginas, cuyo valor principal es el de ser una novela genuinamente americana. Y digo valor principal, no porque sus otros valores sean inferiores, sino porque demuestra a nuestros jóvenes europeizantes que tenemos un tema americano tan noble y tan fecundo como el cosmopolita. Dice Manuel Gálvez en su introducción a la segunda edición de *Un perdido* que este es un libro «típicamente realista, lo cual quiere decir que las cosas ocupan en él más lugar que las almas», lo cual es un error. Porque en *Un perdido* como en todos sus libros lo principal es el análisis de vidas, la creación de caracteres que como papá Juan, mamá Gertrudis, Lucho y tantos otros se incorporen al grupo vivo de gente conocida que preocupa nuestra atención. Naturalmente que las cosas ocupan en la novela aparentemente más lugar que las almas, pero esta es sólo una manera de hacer, de crear ambiente, de modo que las cosas completen a los caracteres.

Barrios es de un temperamento netamente romántico. De aquí que la mayoría de sus héroes sean personajes idealistas y vencidos por la vida. Pero como lo exterior de toda novela contemporánea debe ser totalmente natural—sin exageración romántica—resulta la dualidad.

Su última novela *El hermano asno* está escrita en una prosa cristalina y sencilla. Ofrece algo del encanto de la prosa de Valle Inclán pero es más llano que el autor español. Es este un quietista. El paisaje viene hacia el autor, sereno, melodioso. Parece que sobre el libro hay tendido un gran silencio. Este libro está escrito en tono menor, con una sencillez bíblica, parece que el autor después de haber entrado en la floresta de los místicos de España ha salido de ella perfumado de humildad y de fervor místico, de amor por los seres y por las cosas. Los místicos españoles que pueden inspirar una novela llena de platitudes y de monotonía como lo es Pepita Jiménez, son fuente de inspiración donde los espíritus selectos hallan exquisiteces insospechables. Barrios se nos muestra, especialmente en las últimas páginas del libro, como un escritor fuerte y bien definido. Hay una fuerza americana en este